

siempre el maestro, el maestro verdad, y sus lecciones, como sus pláticas, cuando no las daba la tristeza un tinte sombrío, fuego envuelto en denso humo, era como las llamaradas que salen á medida que se derrumba un edificio incendiado.

La situación de Pi en estos meses, años mejor dicho, de sufrimientos, recordaba en parte algo de lo que ocurría á los melancólicos Cowper, Leopoldo Robert y Mauricio de Guérin, y á los hipocondríacos Beethoven Zimmermann y J. J. Rousseau. Todos ellos tuvieron de común la decadencia orgánica, si bien en la mayoría fué congénita ó apareció en los primeros años, todos ellos tuvieron un predominio meditativo-emocional y todos ellos gozaron de inteligencia privilegiada. ¡Qué contraste! ¡Tanta robustez en unos conceptos y tanta flaqueza en otros!

No hay para qué insistir en el carácter de Pi en este lapso de su vida: el inteligente siguió siendo inteligente, el volitivo perdió casi todas sus fuerzas y no tenía empuje para gobernar la nave; el emocional adquirió inusitadas energías, al parecer ya extintas desde la curación de la nostalgia. Y sobre este cuadro inarmónico, la tristeza tiende su sombrío manto, y el pensar y el querer y el sentir toman un tinte uniforme.

El martirio de Pi tuvo un término, término previsto por él con asombrosa clarividencia. Omitamos el decir de que murió: ¿se sabe siempre de qué mueren los médicos, de qué mueren los tristes? El hecho grosero sí se sabe: el íntimo se presiente, y basta.

Pocos días antes de su muerte, Pi sintió de nuevo intensa nostalgia: quiso morir en donde naciera volviendo á su patria Rosas el cuerpo de un hijo, tan lleno de vida cuando partiera y tan aniquilado al regreso. ¡Tal vez había en esta nostalgia un vivo arrepentimiento de haber abandonado el país natal! Este le dió lo mejor que Pi tuvo; los otros deshicieron la obra maestra.

Está Pi en Rosas. En ella cambia casi bruscamente su carácter enfermo y renace el carácter sano, bien así como brilla inesperadamente el fuego casi apagado antes de extinguirse. La inteligencia sigue brillando como la luz sobre el sepulcro. Las emociones se entibian. La voluntad, esa exuberante voluntad que parecía perdida, adquiere insólito vigor; con serenidad pasmosa dispone cuanto es preciso en la separación eterna, y acabados los que son asuntos domésticos, arregla tranquila y ordenadamente lo que con él debe hacerse, como si preparase una lección para su Cátedra. Merece con justicia aquella célebre frase latina: *impavidum ferient ruinæ*.

¡Pi ha muerto! ¡Como Pi hay pocos! Estudiado desde un solo punto de vista, el de su carácter, hemos visto, que ha sido siempre un inteligente, un volitivo con leves treguas, un emocional en tiempos. Haciendo un inventario de sus aptitudes, podemos reformar la metáfora de Platón: Pi tenía muy poco de hidra, mucho de león y era todo un hombre.